breves y concisas, porque pierden su fuerza cuando se convierten en razonamiento. Oigamos á Calístenes, el cual, encerrado en una jaula de hierro, con las narices, orejas, y pies cortados por órden de Alejandro, responde á su amigo Lisimaco que le visitó compadeciendo su desgracia: *Cuando me veo* (le dice) *en una situacion que necesita de valor y fortaleza, paréceme que me hallo en mi lugar. Si los dioses me hubiesen echado en el mundo solo para el deleite ¿para qué me habrian dado un alma grande é inmortal?*

Sublime fué el dicho de aquel salvage cautivo, el cual, atado á un árbol, no acababa de morir á los repetidos flechazos que le asestaba su vencedor. Impaciente éste levantó la espada para quitarle de un golpe la vida; y con libre ánimo le dice el impávido cautivo. *Detente..... prosigue, no te avergüenzes: y tendrás mas tiempo de aprender como muere un hombre.*

Sublimes son tambien las razones que Armida, vencida y prisionera en un combate, por Reinaldo, capitan de los Cruzados en Siria, dirige á este su antiguo amante, cuando atormentada de zelos, indignacion y despecho, le dice: *Sin duda tu gloria quedaria deslucida, si no viese el mundo atada á tu carro una muger, engañada ántes por tus juramentos, y rendida ahora á tu poder. En otro tiempo yo te pedí la paz y la vida: hoy solo la muerte puede aliviar mi dolor..... ¡Mas, esta no te la pido á tí, inhumano! Horrorosa seria para mí, si tuviese yo que recibirla de tu mano.*

El despecho y valor de un hombre hace mas impresion que el de una muger: y el de un héroe que el de una persona comun. Oigamos al

Taso que recurrió en otro pasage de su poema á esta fuente del sublime. Gerusalen es tomada, y en medio del saqueo Tancredo divisa á Argante cercado de un tropel de enemigos que iban á quitarle la vida. Corre á librarle de las manos de la soldadesca, cúbrelo con su broquel, y se lo lleva fuera de los muros de la ciudad, como víctima que reserva para sí. Caminan juntos, llegan al sitio, Tancredo prepara sus armas, y el animoso Argante, olvidándose del riesgo y la vida, suelta las suyas, y vuelve los ojos llenos de dolor y sobresalto hácia las torres de Gerusalen ardiendo en llamas: *¿En que piensas* (le dice Tancredo) *en que llegó ya tu última hora? Si esta imaginacion te acobarda, es tarde ya. Pienso*, (le responde Argante,) *en esta hermosa ciudad, reina ántes de Palestina, y hoy esclava y asolada, cuya ruina en vano he querido retardar; y pienso en que tu cabeza, que sin duda el cielo me reserva, no basta para su venganza y la mia.*

A este género de estilo pertenece lo que se llama *patético*, porque lo apasionado y lo sublime suelen andar juntos, y muchas veces se confunden. El oyente halla agradables todas las cosas que le mueven, y en algun modo se engrandece su espíritu con la grandeza de los objetos: halla delicioso el terror, y dulce la misma tristeza.

Los conceptos lastimosos, los discursos tiernos, y los retratos dolorosos, entre la blandura y conmocion que sentimos con ellos, nos dan un continuo testimonio de la humanidad de nuestro corazon. El que se enternece, se siente siempre mejor que ántes: llora, y sus mismas lágrimas le dan buena opinion de sí mismo: se conduele, y no puede apartar los ojos del objeto de su do-

lor, porque no puede dejar de ser hombre.

Los elocuentes rasgos no nacen de los preceptos del arte, aunque no se desvian de ellos; nacen, sí, del corazon agitado de este manantial de vehemencia y calor que abrasa el estilo alguna vez, donde parece que la pluma escribe lo que el amor ó el dolor le dictan, ó se desata la lengua para decir lo que el alma siente y padece, con palabras medidas siempre por la razon y el decoro. Debemos, sobre todo huir de ser llevados de un furor intempestivo, quiero decir, cuando un orador se acalora inoportunamente, ó se arrebata con esceso, y el asunto no permite sino un templado calor. Hay algunos que, si como estuviesen embriagados, se esfuerzan en manifestarnos sus afectos, con la vehemencia declamatoria que trajeron del aula. Se exaltan en vano, porque ignoran lo mas perfecto del arte, que es la oportunidad.

El primer precepto en esta materia es tener herido su corazon ántes de querer herir el de los otros; porque, lo que bien se siente, bien se dice. Mas, para conseguirlo, es necesario que el orador penetre profundamente el asunto que va á tratar, se convenza plenamente de su objeto, siendo toda la fuerza de su verdad é importancia, se grave en la fantasía la imágen de que quiera servirse para mover los ánimos, y la presente con tanta naturalidad como energía.

Parece que los que hasta hoy han conocido mejor el arte de inspirar las pasiones, han sido los grandes guerreros y políticos. A las pasiones reunidas y avivadas con el amor de la libertad, mas que á la habilidad de los ingenieros, se deben las gloriosas y porfiadas defensas de Sagunto, de Cartágo y de Numancia, y en nuestros dias las de Zaragoza y Gerona.

Alejandro fué sin duda el ingenio mas escelente entre todos los grandes capitanes de la antigüedad para conmover los ánimos. Así habla á las tropas macedonias que querian desampararle: *¡idos ingratos! ¡huid cobardes! sin vosotros conquistaré el mundo; y Alejandro hallará soldados donde encuentre hombres.* ¡Qué vergüenza y brio no infundiria á sus macedones esta magnánima reprension! ¡Qué vergüenza y emulacion al mismo tiempo no inspiraria á sus tropas el heróico denuedo de Enrique IV de Francia en lo recio de una batalla, cuando, al verlas desordenadas y fugitivas, corre á ellas, y al punto de irse á meter en lo mas cerrado de los escuadrones enemigos, les dice: *volved las caras, y si no quereis pelear, á lo ménos me vereis morir.*

Los discursos vehementes son el lenguage de personas apasionadas; el ingenio solo no puede en estos casos suplir el movimiento de los afectos; porque el que no está tocado de una pasion ignora el idioma de ella. Las pasiones se deben mirar como la semilla de los grandes pensamientos: ellas son las que mantienen una perpétua fermentacion en nuestras ideas y fecundan en nuestra imaginacion las que serian estériles en un corazon tibio.

La pasion es el alma de los discursos elocuentes, pues de ella reciben vehemencia para arrebatar, y ternura para hablandar los ánimos. Con la mocion de sus afectos un orador puede levantar á sus oyentes de aquella enércia, digamoslo así, contraria á la accion del espíritu: pues, dando interes al asunto que trata, despierta al hom-

bre de su natural reposo é indolencia cuando las cosas no le tocan muy de cerca.

Así el que quiera dominar á los otros, inspirándoles la pasion de que está animado, se aprovecha con sagacidad, unas veces, de la propension ó disposicion favorable que halla en los ánimos; otras, de la situacion en que varias circunstancias ponen á los hombres; otras, de las leyes que les gobiernan; y otras en fin, de las preocupaciones mismas á que obedecen. En la situacion en que estaban las tropas de Cartágo, ántes de empezar la batalla del Tesino ¿qué confianza y valor no les infundiria esta breve arenga de Anibal? ¡*Compañeros! los romanos deben temblar hoy, no vosotros. Tended la vista por este campo, y no vereis retirada para los cobardes: todos perecemos hoy si somos vencidos. Pero ¡qué prenda mas segura del triunfo, qué señal mas visible de la proteccion de los dioses, que habernos colocado entre la victoria y la muerte!*

Cándida, tierna y suave debe ser la espresion lastimosa, y triste, noble y congojosa en los afectos para mover á todos; no inchada, ni tampoco muy humilde, ni oscura con esquisitas sentencias. Su ornato ha de ser mas limpio que curiosamente compuesto. Admite esclamaciones, apóstrofes, quejas, y prosopopeyas, que llaman grandemente á la conmiseracion.

El poeta que se aprovechó, para mover la compasion y tristeza, de la situacion de Herminia, bien conocia el poder que tienen en nuestro corazon las razones tiernas y suaves. Esta princesa desgraciada, despojada del trono, y abandonada del infiel Tancredo su amante, se retira á una aldea, y toma el oficio de pastora. Una tarde de julio mientras las ovejas sesteaban á la sombra, se divierte grabando con amorosas letras en la corteza de unos cipreses la historia y las desventuras de su pasion; y al recorrer las líneas que acababa de formar, desfallece y bañada en lágrimas, esclama: ¡*Árboles, confidentes de mi llanto, conservad la historia de mis penas! Si algun dia un fiel amante viniese á descansar bajo de vuestra sombra, se enternecerá de compasion al leer mis tristes desventuras y dirá: Ah! que mal pagaron el amor y la fortuna tanta constancia y fidelidad!*

Salgamos de un asunto profano para subir á otro de mas alta y noble contemplacion. Pinta Fr. Luis de Granada la dolorosa situacion de nuestra Señora al pie de la cruz, teniendo en sus brazos á su sagrado hijo despues del descendimiento, con este apóstrofe. ¡*O dulce madre! ¿Es este por ventura vuestro dulcísimo hijo? ¿Es este el que concebiste con tanta gloria, y pariste con tanta alegría? Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mugeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de María.*

En otro lugar pinta el mismo autor con la mayor ternura y viveza el estado de Cristo en la cruz contemplando desde aquella altura á su Madre, cuya presencia acrecentaba los dolores de su sagrado Hijo. ¡*Quién podrá declarar, ó buen Jesus! lo que sentiste cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, que sabias que estaba contigo crucificada! cuando veias aquel piadoso corazon traspasado con cuchillo de dolor! cuando tendiste los ojos sangrientos, y*

miraste aquellos brazos, en que fuiste recibido, llevado á Egipto, tan quebrantados! y aquellos pechos virginales, con cuya leche fuiste criado, hechos un piélago de dolor!

Es de advertir que nunca se conmueve una pasion si la cosa de donde se quiere sacar no es por sí manifiesta y claramente demostrada: en valde nos esforzarémos en escitar la voluntad al amor ó al odio de un objeto que no conocemos. Pero, como el ánimo del oyente suele estar prevenido contra la fuerza descubierta, el orador sagaz sabe insinuarse sin estrépito, y como furtivamente, para moverle y cautivarle con mas facilidad.

Débese usar de lo patético solo en los asuntos que lo piden, y ver en que parte del discurso conviene; porque hay asuntos que no admiten estos movimientos, y lugares en que seria inoportuno. Primero se debe ganar el entendimiento ántes de conmover el corazon; porque los ánimos que no están dispuestos mal podrá inflamarlos el orador.

Y aunque el lenguage de la pasion puede reinar, por intervalos en aquellos lugares de la oracion en que se pretende mover y persuadir; en ninguno tiene mas imperio y eficacia que en la peroracion ó epílogo. Aquí es donde la elocuencia, para triunfar de los corazones, y arrancarles su último consentimiento, se sirve atropelladamente, ya de lo mas tierno, ya de lo mas vigoroso del estilo patético. Un horador hábil huye en estos casos de toda ostentacion y estudio; ántes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desórden, cierta perturbacion, nos muestra estar poseido de entusiasmo; y esta efervescencia imita á los esfuerzos de la naturaleza agitada, que busca

sin rodeos la salida mas breve, fácil, y pronta para su desahogo.

Claro está que no quiero hablar aquí de aquella falsa elocuencia tan fácil de enseñar como de practicar; es á saber, de figuras amontonadas; de magníficas palabras que nada grande dicen, y de movimientos afectados que no tocan al corazon, pues no nacieron de él.

La mocion de los afectos es el arte mas admirable que inventó la necesidad, y perfeccionó la oratoria; arte que no habla con los frios disertadores, ni con los contemplativos moralistas, que conocen mas las pasiones por sus definiciones, causas, y efectos, para arreglar nuestra conducta, que para mover el corazon con la fuerza de la palabra. A lo que los griegos llamaban *pathos* tradujo Ciceron, ya perturbacion, ya enfermedad; los bárbaros diéronle el nombre de pasion, y los latinos de afeccion ó afecto. Es lo contrario de la *apatia* de los mismos griegos, que significaba, entre los estoicos, aquel estupor ó tranquilidad del ánimo, al cual ninguna perturbacion, ningun dolor, ningun caso terrible pudiese mover, colocando el sumo bien en aquel estado libre de toda alteracion. Esta dureza é insensibilidad de los estoicos, que llamaban enfermedad á las afecciones, estirpaba del corazon toda humanidad.

Si consideramos como enfermedad todo lo que nos saca del estado natural de reposo; toda afeccion, ya blanda, ya fuerte, nos altera é inquieta. Llámase tambien pasion por la misma causa; porque el ánimo padece siempre que se agita: padece el que aborrece, y á veces mas el que ama; padece el que teme, como el que espera; padece el que se conduele, no menos que el que se in-

digna; y si altera la tristeza, no altera menos la alegría. Podemos decir que todas son enfermedades, unas con calentura, y otras con postracion.

Por esto se habrá dicho que todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. Celebradísimas son en las historias las palabras que se dijeron Séneca y Paulina su muger al tiempo de dar las venas al verdugo; y las de otros varones insignes que murieron en aquella conjuracion. Y aun el mismo Neron, monstruo de crueldad, mueve á compasion cuando se leen en Suetonio las que le oyeron decir haciendo un hoyo para enterrarse en vida: *qualis artifex pereo.* Preguntándole á Leonidas su muger, al tiempo de partir él para Termópilas contra los persas, si le dejaba mandado algo, le dijo: *Que te cases con buenos, y paras buenos hijos.* Fué esto decirle sin dudarlo: voy á morir. ¡Qué magnanimidad, para decirla tan serenamente no nos veremos mas, desde ahora te dejo ya viuda! ¡Qué despedida tan patética, no ya en las palabras, sino en su misma enfática sencillez y frialdad en ocasion tan apurada! ¡Qué desprecio de la vida y de sus propias cosas cuando se trata de defender la patria! Causa asombro y compasion al mismo tiempo la resignacion de su ánimo.

Dijo Isaác á Abraham cuando soltó el haz de leña en el lugar donde se habia de egecutar el sacrificio: *Padre! ¿donde está la víctima para el holocausto?* Llamóle así para rasgar las entrañas paternales de dolor, y hacer en ellas la postrera prueba de su sufrimiento. Aquí el efecto patético viene de la situacion.

Maravillosa fué aquella sentencia que prohijó Virgilio á Enéas cuando, armado y á caballo para salir al desafío de Turno, en que se habia de decidir el pleito del Reino Latino, mandó que le trajesen á Ascanio su hijo; y alzando la visera para despedirse de él, con ternura y regalos de padre, le tomó en brazos, y como si hiciera testamento, y no le hubiera de ver mas, le dice: *Aprende, hijo, de mi el valor y el buen ánimo en los trabajos; que grangear bienes de fortuna otros te lo enseñarán.* Las circunstancias del momento, del asunto, y del espectáculo hacen patética la sentencia, la cual, fuera de aquel caso, no tendria mas que la gravedad de un consejo.

Oigamos la espresion tierna y bien sentida que pone Cervantes en boca de un pastor moribundo de enamorado de su ingrata zagala, y la dulce y armoniosa elegancia con que pinta el autor el caso: «Ya el herido pastor daba el último aliento »envuelto en estas pocas y mal formadas pala»bras:» *¡Quitarásme la vida, que ahora mal contenta, de estas carnes se aparta!* Y sin poder decir mas cerró los ojos en sempiterna noche.

Al tiempo que Sócrates recibia la copa del veneno de manos del verdugo, hizo su muger Jantipe grandes esclamaciones acusando á los causadores de la muerte de su marido, diciendo que moria sin culpa: á lo cual acudió Sócrates con mucha gravedad: *¿tuvieras por mejor que muriera culpado?* La inocencia y serenidad del filósofo nos interesa aquí, y nos enseña.

Aristides, que por sus virtudes, y gloria de grandes hechos, mereció el título de Justo, y fué por los atenienses desterrado de su patria despues de haberla defendido, ampliado, y ennoblecido; al salir de la ciudad no le echó maldiciones, ni dijo contra sus conciudadanos las in-

precaciones que se solian oir en las tragedias; ántes, levantando las manos al cielo, hizo súplica á los dioses: *que sucediesen siempre las cosas de Atenas con tanta prosperidad, que todos perdiesen la memoria de Aristides.* Este rasgo de generosidad y patriotismo, esta serenidad de tan indulgente ánimo, ¿á quién no moverá á ternura y amor á la virtud? verdad es que no iba á la muerte; pero iba á morir civilmente.

Si las postreras palabras de los vivos son tan eficaces y penetrantes ¿cuán patéticas serán las de los muertos? Leíase en la sublime inscripcion del túmulo de los 300 Lacedemonios que sacrificaron sus vidas en la defensa de las Termópilas: ¡*Caminante*! *vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes.* ¡Qué honroso y melancólico recuerdo! ¡qué personificacion tan sublime! Hablan los muertos y se glorían de haber muerto por la patria; y parece que aun no quieren apartarse de su obediencia, pues le envian la noticia del sitio donde yacen hijos tan leales como valientes.

Estando la batalla de Farsália tan á pique, que no se oia sino estrépito de caballos y de hombres; vió Cesar á Cayo Crastino, capitan de diez águilas, que las iba requiriendo; y llamándole por su nombre, le preguntó: ¿Qué te parece podremos esperar de esta batalla? Y alzando la mano, díjole: *vencerás, Cesar, y me loarás vivo ó muerto.* Sucedió lo uno y lo otro, porque Crastino murió, Cesar venció, y celebró al muerto en una oracion fúnebre.

Engrandecen mucho á M. Craso por haber con buen ánimo sufrido la muerte de su hijo, varon muy insigne, y marido de aquella no ménos sabia

y elocuente, que hermosa y agraciada Cornelia, hija de Escipion. Viendo Craso que traian los Partos la cabeza de su hijo en la punta de una lanza, y que con aquel espectáculo lamentable se atemorizaban y desmayaban los ánimos de todos sus soldados, dijo en voz alta: *Mio es este dolor, mio el daño, mio el llanto, mas el remedio, la gloria de la república, y la venganza consisten en vuestra salud.*

Refiérenos Solis la tierna respuesta que dió Motezuma á sus magos y agoreros cuando le predijeron, en nombre y por decreto del cielo, la ruina de su imperio, concebida en estos términos. ¡*Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses*! *Vengan los estrangeros y caiga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni nos ha de hallar fugitivos la calamidad. Solo me lastiman los viejos, niños, y mugeres, á quienes faltan las manos para cuidar de su defensa.*

Los retóricos cuentan hasta diez y siete pasiones; los filósofos no concuerdan en esta opinion, ni con aquellos, ni consigo mismos. Dentro del corazon humano hay mas alteraciones y tempestades mas diversas que en un proceloso golfo, donde no hay piloto que las pueda señalar todas. Pero las mas frecuentes y conocidas en el uso comun de la vida son: el *amor*, el *odio*, el *deseo*, la *ira*, la *indignacion*, la *desesperacion*, la *vergüenza*, la *emulacion*, la *venganza*, en la clase de fuertes; y en la de templadas, la *clemencia*, la *confianza*, el *gozo*, la *tristeza*, la *compasion*, el *temor* y la *esperanza*. Sin embargo estas dos últimas son las dos pesas del relox de la vida del hombre, que solo se mueve, ó con la esperanza del bien, ó el temor del mal.

La oratoria las contempla todas como indiferentes en sí mismas; y solo las pinta honestas ó criminales; con respecto á sus fines y efectos. Por egemplo el valor saca su bondad ó su malicia del carácter de quien lo posée. Si es virtud en un Horacio, en Cromwell es un vicio: y la confianza de Cesar, laudable en el Rubicon, es vituperable en el Senado.

El movimiento de las pasiones es un medio escelente de la elocuencia: por egemplo, cuando se nos hace esperar lo que debe ser el verdadero y digno objeto de nuestra esperanza, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion condenan, amar la verdad y la justicia, respetar la probidad, compadecer la inocencia oprimida, desear la honra y la felicidad, admirar la fortaleza, perdonar al enemigo, indignarnos contra la iniquidad, emular la gloria de las buenas acciones, y avergonzarnos de la bajeza ó fealdad de las nuestras.

De este modo diremos, que la oratoria se sirve de las pasiones útiles, para mas fortalecerlas; y de las perniciosas, para reprimirlas ó destruirlas. Así es que emplea el temor ó el terror de la ira divina para escitar en nosotros amor á la virtud, y odio al vicio; el amor de la patria en M. Bruto, para curarnos de la peste de la ambicion; la compasion y las lágrimas de Ana Bolena en el suplicio para disponernos contra el amor criminal, etc. Por este medio la elocuencia puede purgar las pasiones haciéndolas luchar unas contra otras: porque el horador las conduce siempre á honesto fin, no las aniquila.

Los objetos de las pasiones, que debe presentar la oratoria, han de ser siempre cosas grandes,

las unas por su naturaleza, como las divinas, las heróicas, la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, la observancia de las leyes, etc. Otras son grandes por convencion humana, como los honores, las riquezas, la prosperidad, la reputacion, etc.

Tienen las pasiones su lenguage propio, sencillo siempre y sin afectacion; que admite las grandes y vehementes figuras que dan alma y movimiento á la elocucion patética. Esta es la grandilocuencia desnuda de ornatos retóricos y de sutiles conceptos.

Por otra parte hace malísimo efecto introducir en el trozo patético de un discurso cosa alguna estraña á la naturaleza del intento, y cualquiera digresion que embaraze ó interrumpa la carrera que lleva la pasion una vez movida. Grandemente ofenden y entibian al ánimo, y disuenan al tenor de la sentencia, los símiles y comparaciones, que siempre manifiestan arte y estudio, y distraen y divierten la mente cuando mas se debe recoger de acuerdo con el corazon.

Tampoco se debe llevar al cabo la conmocion patética, ya con prolijo razonamiento que fatigue, y despues enfrie el primer calor; ya con exaltar tanto la pasion, que pase los límites de lo que puede esperarse de nuestra naturaleza.

Los sentimientos de humanidad escitados por la siguiente pintura del tiempo del lujo y corrupcion de Roma, se convierten en justa indignacion contra las costumbres de aquella capital. *Abranse* (dice un escritor elocuente,) *los anales de las naciones, y veremos los romanos, arrastrados de la voz del deleite, sacrificar sus seme-*

jantes, no digó al interes de la patria, sino á su propia diversion y sensualidad. Y si no, hablen aquellos viveros en que la bárbara glotoneria de los poderosos ahogaba los esclavos para que los peces con este pasto criasen carne mas delicada. Hable aquella isla del Tiber, adonde la crueldad de los amos enviaba los esclavos dolientes, ó viejos, á perecer con el suplicio del hambre. Hablen tambien los restos de aquellos soberbios anfiteatros, en que estan gravados los fastos de la barbarie; en que la nacion mas culta del orbe inmolaba millares de gladiadores al placer de un espectáculo, adonde concurrian curiosas las mugeres: y allí este sexo delicado y dulce, que criado en el lujo y el regalo, no debiera respirar sino ternura, sutilizaba la inhumanidad, hasta pretender de los atletas heridos que, al tiempo de espirar, cayesen en una gallarda postura.

§. III.

ESTILO MEDIO Ó TEMPLADO.

Nobleza, amenidad y elegancia son calidades principales de este género de estilo, el cual como guarda cierto medio entre el sublime, y el sencillo, tiene menos vehemencia y calor que el primero, y mas abundancia y esplendor que el segundo: y por esto admite todos los adornos del arte, y todos los primores del buen gusto.

En este género medio, que es propiamente un estilo adornado y florido, puede la elocuencia ostentar su pompa y magestad. Llamanse adornos en el sentido retórico aquellas locuciones y modos figurados, que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva.

El orador no habla solo para hacerse entender; porque para esto le bastaria decir las cosas con llaneza y claridad; habla tambien para mover, convencer, y deleitar. Este deleite no puede entrar en el corazon, y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la cual es necesario hablar en su idioma. Por eso dice Quintiliano, que el placer ayuda á persuadir, porque el oyente está dispuesto á creer verdadero todo aquello que encuentra agradable.

No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos; es menester algunas veces, segun la materia y sus circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y esplendor, que son su ornamento. En esta habilidad se distingue el escritor facundo del escritor elocuente. El primero, quiero decir, el que se esplica con claridad, facilidad, y gracia, dejará tibios y tranquilos á sus oyentes; mas el segundo les escitará sentimientos de ternura y admiracion, los cuales mira Ciceron como efecto de la oracion enriquecida de lo mas brillante de la elocuencia, ya sea en las sentencias, ya sea en la espresion. Este género se ha de tratar con lenguage ilustre, sonoro, y de cuidadoso y artificial adorno.

En este estilo medio entra aquel género de elocuencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleite de los oyentes ó lectores, como son los discursos académicos, los razonamientos públicos, los panegíricos, las oraciones gratulatorias, dedicatorias, y otras com-